

PANDORA EN MESOPOTAMIA: IRAK DESPUÉS DE SADDAM HUSSEIN

Rafael Berástegui

En este artículo se sostiene que sin Saddam Hussein, Irak seguiría siendo un peligro a mediano plazo, aunque desplazado de lo estrictamente militar al plano político. La era post-Hussein dejará la realidad íntima de ese país al desnudo y sus ropajes podrían ser un regalo envenenado. Es que desde que se trazaron las fronteras, en consonancia con el acuerdo Sykes-Picot de 1916, Irak es en esencia el país más frágil de una zona siempre conflictiva.

¿Quién anunció el fin de las utopías? Están más saludables que nunca, a juzgar por el optimismo anglosajón acerca de Irak y Medio Oriente sin Saddam Hussein. El carácter que imprimió al régimen de Bagdad y la conducta irresponsable frente a su propio pueblo, a los países vecinos y a la comunidad internacional, son la comidilla de un debate multicolor. No es un atenuante que las potencias ahora empeñadas en echar a Saddam le apoyaran en los 80, considerándolo un factor de estabilidad en el golfo Pérsico. Tampoco es menos cierto que la tentación del unilateralismo esti-

RAFAEL BERÁSTEGUI. Analista político cubano residente en Chile. Profesor de la Universidad Arcis.

mula la constricción en miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, cuyos intereses divergentes paralizan a menudo decisiones impostergables, sobre todo las relacionadas con Israel y con el mundo árabe. Sin embargo, la transición a un Irak sin Saddam será difícil. Nadie puede asegurar que traiga más bien que mal.

El ambiente mesiánico a propósito de lo que sucederá es propio de la proliferación de mensajes tranquilizadores desde el gobierno y la prensa estadounidenses, destinados a generar confianza en un final feliz necesario. Lo insólito son los tonos estridentes y matices simplificadores que a veces se deslizan en el debate serio.

1. Ilusiones y realidades

Bernard Lewis, de la Universidad Princeton, y Fouad Ajami, de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados de la Johns Hopkins, para citar un caso, critican a EE.UU. por no haber “despachado” antes a Saddam, durante la Operación Tormenta del Desierto de 1991, o cuando el dictador iraquí intervino en 1995-96 en la reanudación de la guerra civil kurda. Un grupo independiente de expertos, reunido por el James A. Baker III Institute for Public Policy y el Council on Foreign Relations, hace de contrapartida y prefiere dejar en claro que la mera remoción del dictador iraquí no es la panacea para estabilizar la región. En sendos artículos publicados a comienzos de año, los profesores Lewis y Ajami cifran expectativas de una rápida recuperación en la educación y competencia técnica existentes en Irak, pero también en el capital social y los recursos naturales del país. El extenso memorándum denominado “Reporte del Grupo Independiente de Trabajo” (RGIT), que el James A. Baker III Institute y el Council remitieron al presidente George W. Bush, calcula en US\$ 100 billones el costo de la reconstrucción posterior a Saddam y descarta que puedan hacer un aporte los ingresos anuales de cerca de US\$ 10 billones anuales por exportaciones de crudo, ya que deberían invertirse en la rehabilitación de la propia industria petrolera. Advierte que Irak requerirá ayuda financiera urgente, así como comprensión en los Clubes de Londres y París, pues su deuda externa sobrepasa los US\$ 60 billones.

Lewis y Ajami extrapolan a Irak el resultado de la ocupación aliada, que posibilitó el resurgimiento de Alemania y Japón al concluir la segunda guerra mundial. Lewis titula “El Amanecer Posterior a Saddam” un artículo para la edición especial de comienzos de año del semanario

*Newsweek*¹. No obstante, pide una democratización con calma. Reconoce que la democracia occidental “es un medicamento fuerte, que aplicado con premura y en altas dosis puede matar al paciente”. Ajami, nacido en el Líbano chiíta, donde interesa menos curar al paciente iraquí, prescribe medicina en dosis rápida y abundante. Incita a George W. Bush a convertirse en modernizador a ultranza de Irak y del conjunto del mundo árabe, “aunque su presencia en la zona sea tildada de imperialista, proisraelí y sospechosa de ejercer control sobre la segunda reserva petrolera de la zona”².

Distante del punto de vista de Ajami, el RGIT propone un plan de tres fases para la reconstrucción en Irak, el cual eliminaría en dos años las armas de destrucción masiva, haría funcionar una economía de mercado y traspasaría el poder a un gobierno soberano. El plan estipula fuerte presencia militar de EE. UU. durante los meses que seguirían al final de las hostilidades, aunque rechaza la comparación con lo sucedido en la postguerra en Alemania y Japón porque, tras el conflicto, Irak “sería un pueblo liberado y no derrotado”.

El texto previene que, puesto que acciones encabezadas por norteamericanos serían un evento traumático para el mundo islámico, se correrán riesgos serios, incluso de ataques terroristas contra EE. UU. y sus aliados. Al respecto, evoca la molestia en la zona por la postura estadounidense en la disputa árabe-israelí, y considera esencial que se desempeñe en ese asunto una diplomacia de alto nivel, activa y directa.

Mientras Lewis asigna representatividad a la oposición exterior iraquí, el RGIT previene al gobierno norteamericano contra la imposición de un gobierno en Bagdad, especialmente si es dominado por los líderes opositores en el exilio, que, asegura, “carecería de legitimidad y podría desestabilizar la situación interior”. La oposición externa desempeñará un papel significativo, “como una de las muchas voces importantes”³.

La coincidencia de Ajami y Lewis con los redactores del memorándum sólo es completa en la fórmula de una república federal post-Saddam, que, subraya el RGIT, no debería afectar a la integridad y cohesión del país. A continuación, registra probables amenazas a ella por parte de Irán, Turquía, chiítas y kurdos. Sin embargo, estima que la haría viable el despliegue de tropas bajo mando norteamericano en los sitios con potencialidades explosivas en el norte y sur iraquí.

¹ Bernard Lewis, “The Dawn After Saddam” (2002, 2003).

² Fouad Ajami, “Iraq and The Arabs’ Future” (2003).

³ James A. Baker III Institute for Public Policy/ Council on Foreign Relations, “Working Group Report”, diciembre 2002.

2. Astucia takriti

Los periodistas que han entrevistado varias veces a Saddam y escrito con imparcialidad su biografía le reconocen rudeza, inteligencia, pocos escrúpulos, valentía, pragmatismo, laboriosidad, capacidades como organizador, método para alcanzar los objetivos que se traza y algo de megalomanía⁴.

Saddam Hussein al-Takriti viene de una familia humilde del clan al-Bejat, parte de la tribu árabe Abu Nasir, muy poderosa en la localidad de Takrit, situada a orillas del río Tigris y al norte de Bagdad. Oujja, su pequeña aldea natal, está, pues, dentro del circuito de Takrit, una ciudad con poca importancia agrícola y comercial, que fabricaba balsas para transportar melones hacia la capital. En la infancia de Saddam, cuyo apellido y biografía se fundieron con Takrit, la celebridad de la misma se reducía a haber nacido en ella Saladino (1138-1193), el sultán que derrotó a los cristianos de la tercera cruzada y reconquistó Jerusalén para los árabes. Los jóvenes takritis marchaban a Bagdad para buscar empleo en la administración pública o el ejército. Por tradición, el Estado era extraño y ajeno para kurdos y chiítas, de manera que eran los hijos provincianos de comerciantes y terratenientes de la minoría sunnita los que ascendían socialmente como funcionarios y militares.

A comienzos de la etapa republicana, comunistas y nacionalistas se disputaban los espacios. Era habitual que en aldeas y ciudades del interior, kurdos, chiítas y sunnitas portaran armas y las usaran para dirimir pleitos entre comunidades, tribus, clanes o familias, por lo que los diferendos entre comunistas y nacionalistas se saldaban regularmente con sangre en Takrit. Saddam contó en varias ocasiones que si no se hizo comunista entonces fue porque allí no existían diferencias sociales como en Kurdistán y el sur chiíta, controlados por terratenientes, donde menos del 3% de la población poseía el 55% de la tierra cultivable. Sin embargo, al escalar Saddam en la política no sólo trasplantó algunos componentes leninistas al partido Ba'az sino que puso en práctica varias medidas que sobrepasaron el programa de los comunistas.

Antes de acaparar formalmente toda la autoridad, Saddam la ejercía de hecho desde la vicejefatura del Comando Regional del partido gobernante cuando se impulsó una reforma agraria radical. Los sindicatos tenían que seguir la línea del partido y no podían criticar al gobierno pero podían

⁴ La reseña biográfica se elaboró en base a Saïd Aburish, *Saddam Hussein: La Política de la Venganza* (2001), y Andrew Cockburn y Patrick Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein* (1999), pp. 67-71.

funcionar, y mejoraron las condiciones laborales y salariales. Bajo orientaciones de Saddam, se introdujo un extenso sistema de salud pública y seguridad social. La ley protegió a las mujeres contra la poligamia y les dio acceso a profesiones antes vedadas, incluida la carrera militar. No obstante, su mayor éxito fue la nacionalización de la Iraq Petroleum Company (IPC), el 1 de junio de 1972, Día de la Victoria y fiesta nacional en adelante.

Los regímenes militares del primer período republicano habían causado molestias a la IPC, un consorcio de cinco de las siete transnacionales petroleras: British Petroleum, Shell, Esso, Mobil Oil y Compagnie Française des Petroles. Se había otorgado una concesión petrolera a la compañía francesa ERAP e invitaciones a los soviéticos para que desarrollaran el yacimiento del norte de Rumeillah, sobre la frontera con Kuwait. En represalia, IPC redujo la producción de petróleo iraquí para favorecer la de otros países y se comportó con arrogancia en las negociaciones con las autoridades de Bagdad. El Partido Comunista de Irak (PCI) no propugnaba la expropiación, debido a la reacción de las tradicionales afectadas. Pero Saddam manejó el asunto con la audacia y la cautela que, se dice, son patrimonio de los takritis. En un primer momento, excluyó de la nacionalización a la Basra Oil Company (BOC), parte del consorcio. Quería que si la cosa no funcionaba, BOC siguiera produciendo petróleo y generase ingresos que aminoraran el fracaso. De manera paralela, invocó el nacionalismo árabe para asegurarse el apoyo de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo y previno un boicot de repuestos para la industria petrolera nacionalizada, firmando contratos de suministro con la Unión Soviética, Italia y Brasil.

Las condiciones del mercado petrolero hicieron que Irak no tuviera problemas para encontrar compradores del petróleo nacionalizado en la Unión Soviética, Francia, España, Brasil, Alemania Oriental y Hungría. La Unión Soviética desempeñó un papel determinante en la ruptura del monopolio petrolero de las transnacionales, como parte de una política regional para debilitar a Occidente. Francia dio respaldo posterior, con el argumento de equilibrar fuerzas al convertirse en el contacto primordial de Irak con el campo occidental. Previo a esa aceptación, Saddam recabó cooperación de compañías francesas para explorar y extraer petróleo de yacimientos iraquíes no asignados a los soviéticos, y cerró en París una compra de armamentos, para demostrar que Irak no dependería sólo de la URSS en tal rubro⁵.

⁵ Véanse detalles de la nacionalización del petróleo en Saïd Aburish, *Saddam Hussein: La Política de la Venganza* (2001), pp. 85-89 y 114-118.

No obstante, las relaciones privilegiadas fueron con Moscú hasta que Saddam denunció la invasión soviética a Afganistán en 1979. Fue el punto final al Tratado de Amistad y Cooperación soviético-iraquí, firmado en 1972, que hizo que la URSS limitara su colaboración con el caudillo kurdo Mustafá Barzani. La protesta de Bagdad por la invasión a Afganistán clausuró, además, el gobierno del Frente Nacional Patriótico con participación comunista. Una década más tarde, en medio de la guerra con Irán, el PCI fue invitado por Saddam a reingresar al gobierno en otro frente, esta vez con el partido Ba'az y el jefe kurdo Jalal Talabani, que duró mucho menos que el precedente. Pero el otrora influyente PCI estaba tan desgastado por las maniobras de Saddam, que su presencia fue irrelevante en la rebelión de 1991.

3. Avatares del Ba'az

Sin organización política no habría existido el Saddam que conocemos, aunque él imprimió un sello particular a la organización. El partido Ba'az se constituyó en abril de 1947 durante una reunión de tres días realizada en el Café Rashid de Damasco, la capital de Siria. Estaban presentes muchos jóvenes sirios y un puñado de jordanos, palestinos, libaneses e iraquíes. Fue inspirado por el cristiano ortodoxo Michel 'Aflaq y el musulmán sunnita Salah al-Din Bitar, compañeros de estudios universitarios en La Sorbona de París antes de dedicarse a la agitación política en Damasco.

La prédica de 'Aflaq y Bitar atribuía a siglos de dominación turca, intromisiones de Occidente y de colonos judíos de Palestina el letargo de los árabes, raza antigua y portadora de valores universales, a la cual convocaban ahora a “renacer” (ba'az, en árabe). Los fundadores del ba'azismo llamaban igualmente a remover las lacras específicas de la sociedad árabe, resumidas en tribalismo, sectarismo, opresión de la mujer y supremacía de los terratenientes. De acuerdo con la sensibilidad de una época en que el islamismo carecía de resonancia, el ba'azismo se declaraba laico a la vez que recalca que el Islam era la expresión más sublime del arabismo.

La consigna del nuevo partido fue Unidad, Libertad y Socialismo. La unidad era un imperativo de lo que consideraban los ba'azistas “la nación árabe”, con lazos de historia, lenguaje, religión, tradiciones y esperanzas comunes, aunque esparcidos entre el Atlántico y el golfo Pérsico. La liberación se refería tanto a la dominación extranjera como a las cadenas sociales que ataban al individuo. Por socialismo se entendía la lucha en el mundo árabe contra la concentración de la riqueza y el poder en pocas

manos. En el núcleo de fundadores del Ba'az no había unanimidad acerca de la variante de socialismo a adoptar en la reunión de la capital siria. 'Aflaq y Bitar creían que la modernización necesaria de la sociedad árabe debía tomar ejemplos de Europa occidental, particularmente de Francia, y esta tesis se plasmó en el programa que salió del Café Rashid⁶.

Así, los matices más radicales del socialismo árabe se asociaron al cuerpo doctrinario, no menos ambiguo, brotado de la experiencia del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser (1918-70). Nasserismo y ba'azismo fueron expresiones del nacionalismo árabe o panarabismo, que durante la guerra fría contrarrestó, en los países donde fue gobierno, la atracción del polo occidental con acercamientos tácticos a Moscú. La ayuda económica, militar y política de la Unión Soviética gravitó en la política interna de esos países. En general, sin embargo, fue utilizada por los gobiernos panárabes para desactivar los poderosos partidos comunistas emergentes en la zona.

El Partido Ba'az llamó Comandos Regionales a las sucursales en Siria (1947), Jordania (1948), Líbano (1949), Irak (1950), Libia (1954), Kuwait (1955), Yemen del Norte (1955) y Yemen del Sur (1956). En teoría, el "Mando Nacional" central correspondería a una dirección colegiada de miembros de todos los países de la "nación árabe". En la práctica, las directrices de 'Aflaq y Bitar demostraron ser más apropiadas para la agitación política y el debate de ideas que para estructurar un partido que funcionara, ni siquiera sobre el molde clásico de las fronteras establecidas de un país.

Los adherentes al ba'azismo eran jóvenes urbanos de clase media, intelectuales, empleados o militares. Las rencillas internas por asuntos de poca monta, con ropaje ideológico, sólo se aminoraban en los paréntesis de las conspiraciones, que eran sus instrumentos fundamentales de lucha. Los únicos golpes de Estado exitosos, que permitieron a los ba'azistas capturar definitivamente el poder en Siria (1963) e Irak (1968), lejos de impulsar la unidad árabe o el entendimiento con el nasserismo en Egipto, se tradujeron en ruptura total de los Comandos Regionales sirio e iraquí. Michel 'Aflaq y Salah al-Din Bitar fueron acusados en Damasco de desviaciones derechistas y expulsados del Comando Regional sirio. 'Aflaq recibió asilo, protección y reconocimiento de Bagdad, donde murió como héroe nacional en 1989. Bitar, exiliado en París, tuvo peor suerte, pues en la capital francesa fue asesinado en 1980 por agentes sirios.

⁶ El período de forja y fundación del partido Ba'az está bien desarrollado en Patrick Seale, *Asad, The Struggle for the Middle East* (1988), pp. 30-35, y Andrew Cockburn y Patrick Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein* (1999), pp. 70-73. Seale y los Cockburn están entre los mejores conocedores de la zona.

Irak y Siria mantienen diferendos económicos sobre la división de las aguas del río Éufrates y dos oleoductos para el petróleo iraquí. Uno de ellos atraviesa el territorio sirio y es controlado por las autoridades sirias con disgusto de Bagdad, que construyó otro, en suelo turco, que atizó el encono en Damasco. Rivalizaron en causas muy queridas por los árabes, como la manipulación de dirigentes palestinos. Puesto que Siria e Irak reprimen a los opositores domésticos a la vez que cobijan y alientan a los del vecino, ambos gobiernos intercambian a menudo denuncias de conspiración.

La cúpula del ba'azismo gubernamental, tanto de la rama siria como de la iraquí, está secuestrada por grupos minoritarios de la población, aunque de distinta índole. Mientras en Irak quedó al final en manos predominantemente civiles de los clanes takritis, musulmanes sunnitas; en la Siria de Hafiz al-Asad y su hijo Bashar es patrimonio de los alawi, una diminuta secta herética del chiísmo, presente también sólo en Turquía, con residuos preislámicos que le llevan a venerar menos al profeta Mahoma que a su primo y yerno, Alí. El imperio otomano hizo de los alawi una especie de casta militar, por lo que la élite ba'azista siria es de origen castrense. No obstante su destacado desempeño en las campañas árabes de 1967 y 1973 contra Israel, las fuerzas armadas sirias son muy inferiores a la formidable maquinaria militar desarrollada por el ba'azismo iraquí bajo la conducción de Saddam⁷.

En lo organizativo, la rama siria siguió relativamente fiel al espíritu originario del ba'azismo y, sin ser por cierto un paradigma de virtudes democráticas, no perfeccionó las funciones de un partido político que pretende tragarse el Estado. En ese sentido, el esquema del régimen sirio es más relajado que el iraquí.

Saddam expandió en Irak las formas de reclutamiento ba'azista y aceleró el proceso de ascenso de los militantes, antesala de beneficios laborales y sociales. Saddam envió miembros del partido a crear bases en los poblados del interior y priorizó a los barrios populares de las ciudades. Se buscaba, sobre todo, incorporar a los chiítas. El número de ellos aumentó en la base, a la par que decreció en los órganos de dirección. Los candidatos a militantes debían seguir cursos de adoctrinamiento en una red de escuelas preparatorias del partido. Un ba'azista iraquí tiene la obligación de estar atento. Vigilar a compañeros de partido y conciudadanos, así como denunciar desafecciones y desviaciones es una rutina que sirve para reducir

⁷ Nazih Ayubi, *Política y Sociedad en Oriente Próximo* (1998), pp. 389-398. En este libro, escrito poco antes de morir, el cientista político egipcio analiza en profundidad las implicaciones de la presencia militar en el Ba'az, desde una interesante óptica casi gramsciana.

la corrupción cotidiana. Al mismo tiempo, completa e internaliza en cada ba'azista la misión de control que, de manera formal, recae en múltiples servicios policiales y de seguridad paralelos, subordinados todos a Saddam. Con semejante dispositivo en marcha, el líder iraquí encontró escasa resistencia en sus pares para erradicar, en 1975, la dependencia de las fuerzas armadas de una rama autónoma del Ba'az, a cargo de militares, y someterlas a adoctrinamiento ideológico intensivo y asumir su jefatura.

Saddam, en posesión oficial de los cargos de presidente del Mando del Consejo de la Revolución, secretario general del partido Ba'az, comandante en jefe de las fuerzas armadas y jefe del Directorio de Seguridad, emprendió un ambicioso programa militar. Además de millonarias compras de material, suponía el desarrollo de una industria de armamentos sofisticada, que consagraría a Irak como campeón del nacionalismo árabe. El programa armamentista, al igual que la guerra con Irán, recibieron entonces aliento y colaboración de Occidente y de los países árabes, salvo de Siria, atemorizados con el extremismo chiíta iraní. La invasión de Kuwait y la guerra del golfo, en 1990-91, modificaron de manera radical la imagen de Saddam. Más de una década de represalias militares y sanciones económicas deterioraron seriamente la calidad de vida de buena parte de la población en Irak, previo al estallido de la crisis actual.

Sin embargo, al margen de la propaganda oficial de Bagdad, es probable que un número indeterminado de iraquíes actúe en conciencia y, sin embargo, libere de culpas a Saddam. Con pocos fundamentos históricos y legales que lo avale, una porción significativa de la población de Irak estuvo siempre convencida de que Kuwait le pertenece y, por tanto, considera injustificados los castigos infringidos al país. Esa porción podría evocar con orgullo y gratitud, por ejemplo, usos no militares de los ingresos petroleros hechos por Saddam para desarrollar ambiciosos proyectos industriales, educacionales y de salud. Algunos no llegaron a concretarse, pero se consiguió disminuir el analfabetismo, mecanizar la agricultura, rescatar tierras y llevar energía eléctrica a cuatro mil aldeas para, a continuación, regalarles neveras y televisores. Un empresario de origen palestino residente en Londres, que tuvo negocios con Saddam, resume así aquellos momentos:

Hubo muchos proyectos superpuestos, pero los tecnócratas iraquíes eran muy competentes, mucho más que sus colegas del resto del mundo árabe, y muchos demostraban un sincero entusiasmo por el futuro del país. Esto creó una buena imagen en los círculos empresariales occidentales, lo cual facilitó nuestra tarea. Y Saddam no tenía los mismos intereses que el gobierno de Arabia Saudí y otros estados del golfo: la importación de bienes suntuarios y el derroche

consumista no formaban parte de sus planes. Esto cambiaría después, pero en esa época Saddam creaba fuerzas sociales, mientras otros gobernantes árabes construían palacios⁸.

4. Un país llamado Irak

El concepto de Irak es reciente. Mesopotamia fue una entidad separada en la época sumeria (3500-2500 a. C.) y, de una forma u otra, tiene una historia política muy prolongada que atraviesa los períodos acadio, asirio, babilonio y árabe. La integridad territorial estuvo siempre amenazada desde dentro o desde fuera, por influencias y presiones de los vecinos. La moderna incorporación de la región de Mosul dentro del límite norteño multiplicó la ansiedad. En el lugar se ubica Nínive, a orillas del río Tigris, centro del antiguo y poderoso Estado asirio. Pero el área de Mosul, habitada mayoritariamente por kurdos, estuvo estrechamente vinculada a turcos y sirios. Algunos sectores de esos países todavía la reclaman. El precedente más directo de Irak es quizás el territorio dominado en 1749-1831 por mamelucos georgianos, dentro del imperio otomano turco.

El convenio firmado en 1916 por los funcionarios diplomáticos Mark Sykes y Georges Picot, con la finalidad de repartir entre Gran Bretaña y Francia los dominios de Turquía cuando terminara la primera guerra mundial, sumó la provincia turca de Mosul, con las de Bagdad, predominantemente sunnita, y Basra, cuya población era chiíta, para imaginar el nuevo país llamado Irak. Posteriormente, se aceptó la tesis de algunos notables del nuevo país que pensaban que el Acuerdo Sykes-Picot debió añadir Kuwait.

Tal creencia fue tan extendida que sólo en 1963 se reconoció en Bagdad a regañadientes la independencia kuwaití. A Irak se le asignó como jefe de Estado el príncipe Feisal, bajo protección británica, hijo de un importantísimo jefe tribal que colaboraba en la lucha contra los turcos. Con la independencia de Gran Bretaña, en 1932, reinaron Feisal, su hijo Ghazi (1933-39) y su nieto Feisal II (1939-58). En teoría, Irak era una monarquía constitucional, con parlamento, sistema pluripartidista y oposición política legal, de acuerdo al modelo inglés. En la práctica, el monarca y su primer ministro aplicaban mano dura a una población heterogénea, compuesta por tribus y clanes antagónicos de kurdos, sunnitas y chiítas.

Los derramamientos de sangre en Irak acompañaron la monarquía, la república, sus regímenes militares y las administraciones ba'azistas. Un

⁸ Saïd Aburish, *Saddam Hussein: La Política de la Venganza* (2001), p. 124.

sociólogo iraquí que estudió la cultura de su país para ilustrar los rasgos básicos del nomadismo beduino⁹, explica con ello la intensidad de la violencia política, que en Irak supera con creces la de países árabes de cultura urbana más desarrollada. Las reformas organizativas, que Saddam implementó en el partido de gobierno, fortalecieron a los clanes y tribus.

Por otro lado, hubo factores que impusieron cohesión cuando el sistema funcionaba a plenitud: la personalidad autoritaria del líder, la ramificación del ba'azismo, los servicios policiales y de seguridad, así como el sentimiento de pertenecer a una potencia política y militar regional que, además, marcaba pautas al nacionalismo árabe. Si todo eso desaparece de un tirón y se sustituye por una república federal y, por ello, de carácter más laxo, será difícil evitar que el Estado iraquí estalle en pedazos. La alternativa sería alguna modalidad de “saddamismo sin Saddam”, o sea un líder con carisma, legitimidad y fuerza tan sobresalientes que aminore el estigma de haber llegado de la mano de Occidente y sin doctrinas ni mitos cohesionadores que ofrecer. La tarea parece demasiado grande para un gobierno democrático normal que disponga de condiciones históricas, sociales y culturales favorables, inexistentes en Irak. A la vista no hay siquiera un líder que merezca confianza, como lo pusieron de manifiesto el grupo de expertos del James A. Baker III Institute y el Council on Foreign Relations.

De los seis personajes del exilio opositor que reconoce EE.UU., sólo Ayad Alawi, jefe del Acuerdo Nacional Iraquí (ANI), podría clasificar si su carrera no estuviese lastrada por el ridículo y la rotunda victoria obtenida en su contra por Saddam. Con base en territorio jordano, Alawi era, en principio, la carta de los organismos de inteligencia norteamericano, británico, saudita y jordano. Con todos ellos se vinculó el jefe del ANI tras desertar, en 1978, de los aparatos del partido Ba'az y del “Mukhabarat”, la inteligencia iraquí. Las múltiples intrigas urdidas por Alawi para desplazar a otros líderes exiliados le indujeron, en 1996, a dar pasos en falso que evidenciaron que el presidente Bill Clinton y la CIA promovían acciones terroristas en Bagdad. Para remate, las improvisaciones de Alawi permitieron que la seguridad de Saddam desarticulara con facilidad una conspiración meticulosamente planificada por más de un centenar de oficiales de los cuerpos de elite iraquíes¹⁰.

Por razones diferentes, pueden ser omitidos Massoud Barzani y Jalal Talabani, jefes kurdos, con frecuencia enemistados entre sí, cuyas activida-

⁹ Alí al-Wardi, citado por Bassam Tibi, *La Conspiración: Al-Mu'amarah* (1996), p. 245.

¹⁰ La intriga está bien documentada por fuentes directas en Andrew Cockburn y Patrick Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein* (1999), pp. 211-30.

des están confinadas al norte y nordeste de Irak; el ayatollah Mohammad Baqr al-Hakim, del Consejo Supremo para la Revolución Islámica en Irak (CSRII), identificado con los intereses de Irán, donde reside; y Sharif Alí bin al-Hussein, del insignificante Movimiento Monárquico Constitucional, con sede en Londres.

Quedaría sólo Ahmad Chalabi, hombre de negocios procedente de una rica familia de banqueros chiítas, privilegiada durante la monarquía, y líder del Congreso Nacional Iraquí (CNI) y preferido por el Secretario norteamericano de Defensa, Donald Rumsfeld. Cuando Irak se hizo república, la familia se trasladó a Líbano y siguió prosperando, ligada a la comunidad chiíta libanesa. De Beirut, Chalabi se trasladó al Instituto Tecnológico de Massachusetts y luego a la Universidad de Chicago, donde se doctoró en matemáticas, antes de regresar al Medio Oriente, involucrarse en un fraude financiero en Jordania y refugiarse en Londres. Se atribuyen a Chalabi dotes de organizador y, a la vez, se le objetan su confesión chiíta, inexperiencia política y escasos vínculos reales con el interior de Irak¹¹.

5. Chiítas provincianos

Chiítas son llamados los miembros del Chiíat Alí o Partido de Alí Ibn Talib, primo y yerno de Mahoma (570?-632 d. C.), quienes sostienen que la autoridad legítima de la comunidad musulmana debió recaer de manera permanente en miembros de la familia del mismo. Alí asumió el califato o jefatura sólo en 556-61. Tanto él como su descendencia tuvieron finales trágicos, de los cuales se culpa al Islam ortodoxo, seguidor de la sunna (regla) o sunnita. Sunnitas y chiítas creen en la unicidad de Alá, el carácter sagrado del Corán, lo profético en Mahoma y la resurrección seguida del Juicio Final. Tienen las mismas obligaciones: oración, ayuno, peregrinación, limosnas y yihad. Esto último significa, a la vez, “guerra santa” contra los infieles y esfuerzo en la religiosidad personal.

A diferencia de algunas escuelas jurídicas sunnitas, que insisten en la voluntad arbitraria de Alá, el chiísmo deriva sus creencias de la escuela comparativamente más racionalista de los mutazilíes, desarrollada por el filósofo Wâsil ibn ‘Attâ’ (m. 748) en la ciudad iraquí de Basra¹². De mane-

¹¹ Véase la trayectoria detallada de los líderes del exilio iraquí en A. Cockburn y P. Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein* (1999), pp. 21, 46-47, 50-51 y 176-177.

¹² Sobre los mutazilíes, véase Henry Corbin, *Historia de la Filosofía Islámica* (1994), pp. 105-111.

ra que, tal como expuse en otra ocasión, extremismos y fanatismos no fueron en sus orígenes consustanciales del partido de Alí¹³. Lo que mayor rechazo genera en los musulmanes sunnitas es la devoción de los partidarios de Alí por la muerte y el martirio, donde perciben residuos de la cultura persa y componentes mágicos, animistas o politeístas. También, mientras que algunas escuelas sunnitas insisten en la voluntad arbitraria de Alá, el chiísmo considera que éste sólo puede actuar con justicia, lo cual implica una cierta racionalidad en la creación y que el hombre es libre de elegir sus propios actos. De lo contrario, Alá castigaría al hombre por una desobediencia de la cual no sería responsable.

La institución chiíta del imanato es consecuencia y aplicación del principio de justicia. Alá, que creó al hombre, no podría admitir su pérdida. Por eso, envió una serie de profetas que terminó con Mahoma, para guiarle por el camino de la justicia y la verdad. A la muerte de Mahoma, la misión de guiar habría sido asignada a otra cadena que se inició con Alí, de rango subalterno al de los profetas, la de los imanes, quienes deben ser los más perfectos de su época.

Los imanes (de historicidad comprobada o verosímil), en número de 12 para el chiísmo principal, 4 ó 6 según algunas sectas minoritarias, recibirían investidura sobrenatural procedente de Alá, por mediación de Mahoma o del imán anterior. Todos habrían sido asesinados, salvo el último, que sería inmortal. Para los chiítas iraníes e iraquíes, Mujammad Al-Mahdi, duodécimo imán, se ocultó siendo niño en el año 874 y reaparecerá al final de los tiempos para instaurar el reino de la justicia y la verdad. Mientras tanto, la piedad chiíta invita a imitar el sacrificio de los imanes y a peregrinar a sus tumbas para recabar protección en esta vida e intercesión con Alá.

La familia chiíta de los buyidas, de origen turco, reinó en 932-1055 sobre una buena porción del Creciente Fértil y de Irán. Uno de sus miembros, Mu'izz Al-Dawla, al capturar en 936 Bagdad, realizó la primera ceremonia pública de recordación del martirio del imán Hussein. La actual capital iraquí volvió a estar en manos chiítas en 1304-17 y 1623, pues no fue hasta 1638 que los turcos otomanos sunnitas consolidaron allí una base para contener la expansión persa. En Irán coexistieron sunnismo y chiísmo antes de que, en el siglo XVI, el caudillo militar persa Ismael Safavid erigió la última en religión oficial e importó clérigos procedentes de Irak y Líbano. La invasión a Irán de sunnitas de Afganistán, que en 1722 liquidó la dinastía Safavida y causó la decadencia circunstancial de los centros religiosos, obligó al repliegue de centenares de clérigos hacia el sur de Irak, no

¹³ Rafael Berástegui, "Pasados Presentes: Claves de los 'Ultras' de Alá" (2001), pp. 20-27.

sin antes dejar arraigada la singular jerarquía de ayatollahs que conocemos¹⁴.

Estos datos bastan para entender que es inapropiado reducir por completo el chiísmo a una versión irania del Islam. Las plegarias y los textos religiosos no están en persa. En su origen, el chiísmo es un partido legitimista que defiende los derechos políticos de Alí y de sus descendientes, que son árabes. En santidad e historia, para el conjunto de los partidarios de Alí, los 60 millones de chiítas de Irán (89% del total de habitantes) se equipararían con los 13 millones de chiítas de Irak (55% de la población), aglomerados en las ciudades sagradas sureñas de Nayaf y Karbala.

Los únicos grandes sitios antiguos de peregrinación en Irán son el mausoleo de cúpula dorada del octavo imán, Alí al-Reza (m. 818), en Mashhad, y la tumba de su hermana, Fátima “la Pura”, en Qom. Irak cuenta con el doble de santuarios de tal magnitud, incluidos los dos más venerados. La tumba del primer imán, Alí Ibn Talib, en Nayaf, está para los creyentes emplazada sobre los sepulcros de Adán y Noé. Los que la visitan quedan de inmediato libres de pecado. El sepulcro de su hijo, el imán Hussein, en la misma localidad de Karbala, donde en el año 680 fue traicionado y muerto en combate, preserva del interrogatorio inquisitorial de los ángeles a quienes son enterrados en las inmediaciones. Sea por eso, o porque la tradición afirma que el duodécimo imán aguarda escondido allí y porque deseaban estar cerca para el Juicio Final, lo cierto es que, durante las epidemias que antaño azotaban Asia Central y el Cercano Oriente, los enfermos chiítas recorrían largas distancias a lomo de mula para expirar en Karbala¹⁵.

Siempre hubo chiítas en Mesopotamia. Su número se incrementó con las conversiones de tribus beduinas, llegadas en masa de la península arábiga a partir del siglo XVIII. Por esa época, el río navegable Shatt El-Arab trazó la frontera estable del imperio chiíta persificado de la dinastía safavida con los dominios mesopotámicos sureños de Turquía, donde era menor el control político y religioso. Para los peninsulares beduinos, que glorificaban virilidad, hazañas bélicas y espíritu de independencia, hacerse chiítas era aflojar más la opresión turca sin quedar por eso bajo tutela persa. El cambio expresaba igualmente la protesta contra sus propios jefes o jefes, de igual confesión sunnita que los turcos, pero la inyección de beduinos reforzó el tribalismo en el sur de Irak.

Los chiítas fueron los que impugnaron con más violencia la creación del Estado iraquí. Se amotinaron, en 1920, contra el protectorado británico y la elite sunnita que tomó el relevo del imperio otomano. La insurrección,

¹⁴ Michael Fisher, *Iran: From Religious Dispute to Revolution* (1980), pp. 28- 30.

¹⁵ Yann Richard, *L'Islam Chi'ite* (1991), pp. 19-23.

que duró varios meses, se limitó a las tribus del partido de Alí y fue encabezada por algunos ulemas prestigiosos, mientras otros se mantuvieron pasivos. La represión posterior obligó a los jefes del motín a refugiarse en Irán hasta alcanzarse un acuerdo con el rey Feisal, tras el cual la situación volvió a quedar como antes. En la guerra de 1980-89 con Irán, en que la mayoría de los soldados iraquíes eran chiítas, Saddam impidió el derrotismo y la rebelión acudiendo a la vigilancia, la represión y a donaciones: entregó US\$ 220 millones para remozar el santuario de Nayaf y US\$ 60 millones para el de Karbala, que de paso beneficiaron la economía local de estos centros de peregrinación.

Tampoco pasó de asustar a Saddam la rebelión de marzo de 1991, un movimiento iniciado por chiítas que llegó a ocupar 60% del territorio de Irak, a pesar de que muchos reputados jefes religiosos decidieron restarse. El refuerzo prometido de voluntarios reclutados en Irán nunca llegó. No obstante, el ayatollah Mohammed Baqr al-Hakim, jefe del CSRII, se autoasignó en la frontera irania el mando supremo y difundió carteles donde aparecía con lemas extremistas y junto al ayatollah Jomeiny, con lo cual los rebeldes quedaron políticamente aislados y la rebelión fue aplastada.

6. Crucigrama kurdo

La idea de una solución federal para Irak se consolidó a partir de la experiencia del Gobierno Regional Kurdo (GRK) con capital en la ciudad de Arbil, donde EE.UU. asumió el proyecto de república esbozado previamente por algunos líderes del lugar. Con más de una década de autonomía protegida a costas, los kurdos tienen mejor calidad de vida que el resto de la población iraquí. Pero no es precisamente debido al espíritu emprendedor que anima la libertad. Sucede que, entre otros beneficios, cayeron del cielo las sanciones económicas internacionales contra Irak, pues controlan las principales rutas de contrabando, las cuales reportan ganancias diarias de un millón de dólares.

En 1992, además de instalarse en Arbil un centro de actividades del CNI, la ANI y la CIA contra el régimen iraquí, Massoud Barzani, jefe del Partido Democrático de Kurdistán (PDK), y Jalal Talabani, de la Unión Patriótica de Kurdistán (UPK), depusieron su enemistad ancestral. Ambos se incorporaron al CNI y participaron en las elecciones para el nuevo órgano legislativo autónomo de los kurdos. El año anterior, luego de tolerar que Saddam Hussein aplastara la rebelión de kurdos, chiítas y militares descontentos que siguió a la guerra del golfo, George Bush padre había despacha-

do tropas con la misión de establecer un refugio seguro para los kurdos en el norte de Irak. Saddam, quien acababa de firmar con la UPK de Talabani un acuerdo de autonomía para la región, no opuso resistencia y se limitó a ubicar sus tropas en un campo fortificado, a pocos kilómetros de Arbil. Tampoco trató de recuperar el control del territorio al retirarse los soldados de Bush y quedar, tres meses más tarde, la protección del GRK a cargo de la aviación estadounidense desde la cercana base de Incirlik, en suelo turco.

Los tanques de Irak regresaron en agosto de 1996. Para entonces, PDK y UPK se disputaban rutas de comercio y contrabando con el exterior y habían reanudado los enfrentamientos armados. Talabani, con apoyo de Irán, parecía a punto de propinar una derrota militar contundente al PDK. En uno de los giros bruscos usuales de los kurdos iraquíes, Barzani hizo un patético llamado a “Su Excelencia, el Presidente de Irak” para “repeler la amenaza extranjera”. La solícita respuesta de artillería y blindados de Saddam revirtió la suerte del PDK, no sin antes provocar pánico y la evacuación transitoria de los operadores de CNI, ANI y CIA a la remota isla de Guam, en el Pacífico Norte¹⁶.

Parientes de los antiguos medas, que emigraron de Asia Central hacia la meseta de Irán y reinaron en la zona hace más de 2,500 años, los kurdos permanecieron a continuación siglos bajo los imperios persa y turco otomano. Al concluir la primera guerra mundial, el Tratado de Sèvres, que en 1920 adjudicó los remanentes del imperio otomano, les asignó un Estado propio. Sin embargo, el acuerdo fue desconocido por Mustafá Kemal (1881-1938), quien poco después rediseñó las fronteras para sentar las bases de la Turquía moderna. De manera que un espacio con autonomía, como el del norte de Irak, es algo inédito para este pueblo. Una “República Popular Kurda de Mahabad” se proclamó en 1945 en el noroeste de Irán, ocupado coyunturalmente por tropas soviéticas. Pero sucumbió pronto, cuando Moscú decidió replegarse y los principales funcionarios kurdos fueron apresados y ejecutados por las autoridades iraníes.

La población kurda se calcula hoy en poco más de 25 millones, repartidos entre Turquía (20% de la población total), Irak (15%), Siria (10%), Irán (7%) y Armenia (1%). La mayoría de los kurdos adscriben al Islam sunnita según los preceptos de la escuela jurídica de tradicionalismo moderado creada por el palestino Shafíí (767-820) y no mantiene diferencias religiosas con los kurdos que profesan el chísimo en Irán o se afilian al sufismo en Turquía. El entendimiento se hace difícil por otras razones.

¹⁶ Véase relato completo de los hechos en A. Cockburn y P. Cockburn, *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein* (1999), pp. 231-250.

Como parte del gran tronco ario, los kurdos tienen rasgos comunes con los persas o iraníes, que los diferencian de los turcos, de origen uraloaltaico, y de los árabes semitas. Todos los dialectos kurdos provienen de la vertiente noroccidental iraní de las lenguas indoeuropeas. Existen tres dialectos principales, con marcadas diferencias en vocabulario, pronunciación y gramática, comparables con los de español, italiano y francés o alemán e inglés. Hay que añadir que los actuales kurdos están inmersos en al menos cinco Estados y culturas diferentes, lo cual incrementa su atomización.

Los kurdos urbanos tienden a perder identidad comunitaria aunque mantengan su lengua. Debido a ello, las aldeas prefieren continuar aisladas en lugares montañosos y distantes de los centros urbanos, con lo cual preservan estructuras tribales en grado mayor que otros pueblos de la región¹⁷. Una excepción en varios aspectos es Turquía, a causa de las profundas reformas modernizadoras y europeizantes de Mustafá Kemal en los años 20 y 30, que erosionaron el orden tradicional. La influencia en ellas del modelo centralizador de Estado fuerte francés se tradujo en una intensa presión institucional para forzar la asimilación de las minorías. Sin embargo, la represión en el plano cultural se compensó con igualdad para escalar los puestos más altos, siempre que se hiciera en condición de turco. Para el kemalismo, “los kurdos son turcos de las montañas que olvidaron la lengua madre”. Los ex jefes de Estado y de gobierno Ismet İnönü (1938-50) y Turgut Özal (1983-93), que tenían ascendencia kurda, desplegaron particular celo en las políticas de asimilación.

Una consecuencia no deseada de la europeización kemalista fue la aparición del Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), que en 1974 evolucionó desde células de estudiantes universitarios de Ankara para transformarse en el único movimiento político de corte moderno que los kurdos de cualquier parte han sido capaces de generar. Fue el mayor desafío interno para el Estado turco en el siglo XX.

El programa del PKK, orientado con claridad ideológica hacia el marxismo-leninismo de línea dura, se propuso alianzas con otras fuerzas turcas y extranjeras de extrema izquierda para reeditar una “república popular”, como la legendaria y efímera del Mahabad iraní. En esta ocasión, estaría compuesta por la población y territorios kurdos de Turquía, Irak, Irán y Siria, países que, a causa de la amenaza, hicieron un esfuerzo con gobiernos occidentales para liquidar al PKK.

Con instrucciones desde el exilio del carismático y autoritario Abdullah Ökallan, la mezcla de compromiso, disciplina, organización y rudeza en el movimiento político de los kurdos turcos asombró a sus adversarios.

¹⁷ Nader Entessar, “The Kurdish Mosaic of Discord” (1989), pp. 83-100.

Durante década y media, los militantes del PKK realizaron atentados a sedes diplomáticas y consulares de Turquía en 25 ciudades de Europa occidental, sin que amainara su guerra de guerrillas rural en el sudeste del país. La persecución de guerrilleros llevó al ejército turco a incursionar en repetidas ocasiones en el norte de Irak, donde encontraba colaboración en Saddam, el PDK y la UPK. Una serie de reveses militares de los insurgentes kurdos de Turquía antecedieron a la captura de Ökalan, en 1999, tras lo cual el PKK anunció que renunciaba a la lucha armada.

Aunque hay un sentido difuso de identidad kurda, el arraigo de la sociedad arcaica en el norte de Irak conspira contra las formas y prácticas de la modernidad política. Sucede aquí lo mismo que con los chiítas del sur iraquí. Las trabas que para los chiítas son el provincianismo, el parroquianismo de los jefes religiosos y la atracción simbólica de Irán, representan para los kurdos la autoridad excesiva asignada por la costumbre a los jefes de clanes, sumada a los intereses segmentados de las tribus. Pero si alguien puede abrir la caja de Pandora en Irak, sin lugar a dudas son los kurdos. En ellos, los atavismos han primado siempre sobre las consideraciones racionales de los objetivos por alcanzar a mediano y largo plazo. Estas características son el trasfondo de los capítulos estrafalarios recurrentes en la trayectoria de los kurdos iraquíes, como el de las relaciones entre los Barzani y Talabani.

Mustafá Barzani, un veterano opositor a la administración central de Bagdad, formó en 1946 el PDK, con asiento en la zona noroeste, fronteriza con Turquía y Siria, donde era un prominente jefe tribal y religioso. En la siguiente generación, un espectro más amplio estaba representado en la dirección del partido, donde se criticaba a Barzani por faltar a las políticas y principios vagamente leninistas que el PDK decía suscribir. Jalal Talabani, un intelectual urbano proveniente del área nororiental, próxima a Irán, encabezó el núcleo de miembros del buró político del PDK que rompió con Barzani y conformó la UPK en 1976. Los seguidores de Talabani acusaron al antiguo líder de traicionar la causa kurda con sus frecuentes, infructuosos e inconsultos vínculos con Saddam, el sha de Irán, Israel y EE. UU.

Barzani había recibido dinero de Saddam, para persuadirle a firmar una tregua y el Manifiesto de Mayo de 1970 con las autoridades iraquíes. A la fecha, Barzani y Saddam tenían en la Unión Soviética un aliado común y, a sugerencia de Moscú, se rubricó un compromiso de autonomía para los kurdos en plazo de cinco años. Según un observador árabe¹⁸, a un mes de firmado el Manifiesto de Mayo, ante la eventualidad de tener que cumplir

¹⁸ Darieh Al Awni, citado por Saïd Aburish, *Saddam Hussein: La Política de la Venganza* (2001), p. 102.

lo prometido, Saddam comenzó a implementar la arabización acelerada de Kirkuk. Su acción buscaba rechazar la ubicación de la ciudad dentro del territorio comprendido en el acuerdo, lo que equivalía a minar la viabilidad económica de la futura autonomía.

Arbil, capital escogida para el GPK, Mosul en el norte y Kirkuk en el noreste, son las ciudades más populosas y desarrolladas de la zona kurda. Esta última reviste importancia económica adicional desde que, en 1927, fue pionera en la explotación de petróleo en Irak. Kirkuk, que sigue siendo un centro petrolero clave, es punto de partida del oleoducto que desemboca en Iskenderun y satisface la tercera parte de las necesidades de combustible de Turquía, y es referente lingüístico y cultural de los turcomanos predominantes en la población de Kirkuk. A través del gobierno central, Saddam proporcionó incentivos económicos a las familias árabes que se mudaban a Kirkuk. Barzani hizo lo mismo. Sacó de los fondos recibidos del Ba'az para financiar escuelas, hospitales y demás componentes de una infraestructura moderna destinada a los kurdos que se radicaran en el centro petrolero. La escalada demográfica no alcanzó a revertir la mayoría turcomana en Kirkuk, pero contribuyó a sepultar el Manifiesto de Mayo.

Al cumplirse el plazo establecido para declarar la autonomía kurda, la misma ya era letra muerta. Mustafá Barzani, distanciado de Moscú, apostaba ahora a la ayuda de EE.UU. e Israel, canalizada a través de Irán, para el triunfo de una rebelión que mantenía en jaque a Bagdad. Saddam aprovechó una reunión de jefes de Estado de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), y los buenos oficios del mandatario anfitrión, Jouari Boumedienne, para solucionar sus problemas con el sha Mohammed Reza Pahlevi. El acuerdo iranio-iraquí de 1975 declaró en Argel zanjadas las disputas limítrofes, entre ellas el delicado asunto de la navegación por la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates al desembocar en el golfo. Saddam ignoró el tema de las dos islitas del golfo ocupadas por Irán. Para retribuirle el gesto, el sha dejó de ayudar a Barzani, lo que llevó a la derrota de los kurdos.

Mustafá murió en 1979, exiliado y decepcionado en EE.UU., sin que su hijo y sucesor, Massoud Barzani, dejara de heredar, también, la enemistad de Talabani y los cargos de tribalismo, caudillismo, corrupción y enriquecimiento ilícito formulados contra el PDK. Puesto que las batallas se libraban lejos de su zona, fue posible que los kurdos iraquíes prescindieran de involucrarse a fondo en los primeros años de la cruenta guerra de 1980-89 con Irán, sin que por ello dejaran de reportarse las volteretas de rigor.

Massoud Barzani había obtenido algo de armas y dinero de la revolución islámica, lo que, en el contexto de la guerra, fue considerado una traición por Bagdad. Hussein ofreció reconocer en Talabani al interlocutor único de los kurdos y concederles una autonomía limitada que excluiría Kirkuk. Un vocero de la UPK puntualizó que “Al menos, con Saddam se puede dialogar, pero nunca con el ayatollah Jomeiny, que asesinó a 20 mil kurdos iraníes y cree que todas las minorías son agentes de Satán”¹⁹.

Siguió otra tregua, que duró el tiempo necesario para que el presidente iraquí comprara el respaldo de los poderosos clanes norteros independientes Zubeir y Jaff y elevara a 50 mil los efectivos de la milicia kurda pro iraquí denominada Jash. En 1987 Talabani y Barzani se habían unido, por primera vez desde la ruptura del PDK, para recibir la ayuda de Jomeiny que les permitió convocar a nuevas jornadas de lucha en el norte.

7. Conclusiones

1) Durante su largo período como “hombre fuerte” de Irak, Saddam Hussein al-Takriti creó un Estado policial que sofocó la disidencia, reprimió y manipuló a kurdos y chiítas, agredió a los vecinos iraníes y kuwaitíes, así como buscó desarrollar armas de exterminio masivo. Por otro lado, Saddam estructuró una organización política ramificada en todo el país, nacionalizó el petróleo y empleó una porción de los nuevos ingresos en mejorar la calidad de vida. Hubo avances en educación, salud y bienestar social, al tiempo que se marcaba pauta al nacionalismo árabe, que parecía languidecer en la región.

2) Para Occidente y buena parte de la comunidad internacional prevalecen los aspectos negativos del régimen de Saddam. Pero no se debe pasar por alto que, en muchas capitales árabes y por un número indeterminado de iraquíes, se tomarán en cuenta e, incluso, se sobrevalorarán las realizaciones de Saddam. Ello cobrará más importancia en la medida en que no se pueda llenar el vacío generado por su partida.

3) A continuación de remover a Saddam del poder, es necesario convencer que la acción no persiguió controlar la segunda mayor reserva petrolera del golfo, enterrar el nacionalismo árabe, instalar un clima regional más favorable para Israel ni desviar la atención del público occidental de la imposibilidad de terminar a mediano plazo con las amenazas terroristas.

¹⁹ *The Middle East*, N° 112, febrero 1984, p. 10.

4) A pesar del clima de optimismo imperante en Estados Unidos, la transición política en Irak parece difícil y compleja. La presencia prolongada de tropas extranjeras en territorio iraquí causaría molestia, si no ofensa, en una región estratégica y de por sí muy convulsionada. Sin embargo, no está a la vista un nuevo liderazgo que se muestre, a la vez, independiente, legítimo y capaz de inaugurar una era mejor. La oposición en el exilio no parece reunir tales requisitos.

5) La instauración de una federación en Irak es un gran riesgo. Las fuerzas kurdas del PDK de Massoud Barzani y las de la UPK de Jalal Talabani han dado muestras suficientes de ser incontrolables e imprevisibles. Por su parte, la comunidad chiíta es dada a explosiones temporales. En un marco federal, los tirones de norte y sur pueden desmembrar el país o reeditar las experiencias de Líbano que, en este caso, obligarían a involucrarse a Turquía e Irán.

6) Cualesquiera sean las circunstancias, la partida de Saddam incrementará los papeles de Turquía, Irán y Siria en el futuro de Irak así como del conjunto de la zona. De esos tres países, fue Turquía el primero en posicionarse, a través de la intensa actividad diplomática del primer ministro neoislamista, Abdullah Gül, a favor de una solución política de la crisis iraquí. El inusitado despliegue de dinamismo turco tal vez abre un reacomodo de fuerzas en la región que habrá que seguir con atención.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aburish, Saïd. *Saddam Hussein: La Política de la Venganza*. Andrés Bello, 2001.
- Ajami, Fouad. "Iraq and the Arabs' Future". *Foreign Affairs*, enero-febrero 2003.
- Ayubi, Nazih. *Over-stating the Arab State*. I. B. Tauris and Co., 1995.
- Ayubi, Nazih. *Política y Sociedad en Oriente Próximo*. Bellaterra, 1998.
- Berástegui, R. "Pasados Presentes: Claves de los 'Ultras' de Alá". *Estudios Públicos*, 84, primavera 2001.
- Cockburn, A., y P. Cockburn. *Out of the Ashes: The Resurrection of Saddam Hussein*. Harper-Collins, 1999.
- Corbin, Henry. *Historia de la Filosofía Islámica*. Trotta, 1994.
- Entessar, Nader. "The Kurdish Mosaic of Discord". *Third World Quarterly*, Vol. 11, N° 4, octubre 1989.
- Fisher, Michael. *Irán: From Religious Dispute to Revolution*. Harvard University, 1980.
- James A. Baker III Institute for Public Policy/ Council on Foreign Relations. "Working Group Report", diciembre 2002.
- Khosrokhavar, F.; Roy, R. *Irán: de la Revolución a la Reforma*. Bellaterra, 2000.
- Lewis, Bernard. "The Dawn After Saddam". *Newsweek*, ediciones 2003, diciembre 2002-febrero 2003.
- Martín, G. *El Estado Árabe*. Bellaterra, 1999.

Monroe, E. *Britain's Moment in the Middle East*. Methuen & Co., 1965.

Richard, Yann. *L'Islam Chi'ite*. Arthème Fayard, 1991.

Seale, Patrick. *Asad: The Struggle for the Middle East*. University of California Press, 1988.
The Middle East, N° 112, febrero 1984.

Tibi, Bassam. *La Conspiración: Al-Mu'amarah*. Herder, 1996. ☐